



Las bibliotecas fantásticas

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

ESBOZOS DESDE LA MIRADA DE SUPERVIVIENTE

El único arquitecto académico de la Lengua ofrece uno de los perfiles intelectuales más densos de la cultura española. Siempre crítico e independiente, volcado en la universidad y la teoría, su biblioteca delata el genuino pedigrí humanista de un poeta que construye, o viceversa.

BORJA MARTÍNEZ

Es una mañana de mayo de insólito calor y Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) recibe a LEER en su estudio, en el ático de un edificio de viviendas situado en el madrileño barrio de Vallehermoso, diseñado por él a finales de los años 50 y cuya apariencia no delata su antigüedad. En él vivieron Antonio Saura, puerta con puerta, y Manolo Millares, miembros ambos del grupo El Paso en cuya órbita se movió Fernández Alba como único arquitecto, como lo es en el seno de la Real Academia Española a la que pertenece desde el 12 de marzo de 2006, cuando leyó su discurso de ingreso, "Palabras sobre la ciudad que nace". Un texto que delata una vocación de arquitecto poeta y filósofo demostrada durante casi sesenta años de actividad académica (en la Escuela de Arquitectura de Madrid, profesor desde 1959 y catedrático

de Elementos de Composición desde 1970), teórica (autor de ininidad de libros y artículos sobre el oficio y la ciudad, reconocido dentro y fuera de nuestro país) y práctica (Premio Nacional de Arquitectura por el Convento del Rollo en su Salamanca natal, responsable de innumerables proyectos), así como una independencia de criterio y trayectoria que le ha convertido en un solitario –sociable pero solitario– del oficio: "En mi dilatado trabajo como arquitecto siempre aspiró a proyectar y edificar la arquitectura como un acontecimiento de expresiva carga poética, y este modo de imaginar y construir requiere, sin duda, una gramática de la renuncia. Renuncia, desde la propia caligrafía de la forma, a las seductoras apuestas de sumisión que ofrece en nuestro tiempo una civilización subyugada por la cultura de la mirada, y donde los usos y funciones del espacio capitulan ante los juegos de imagen de las 'ficciones útiles'; renuncia, en lo posible,

a poder cerrar las contraventanas a la luz de la nostalgia hacia la forma consagrada; renuncia, en fin, a contemplar la realidad del espacio sólo como alusión alegórica, ensueño o falsedad". Poesía y verdad como claves programáticas.

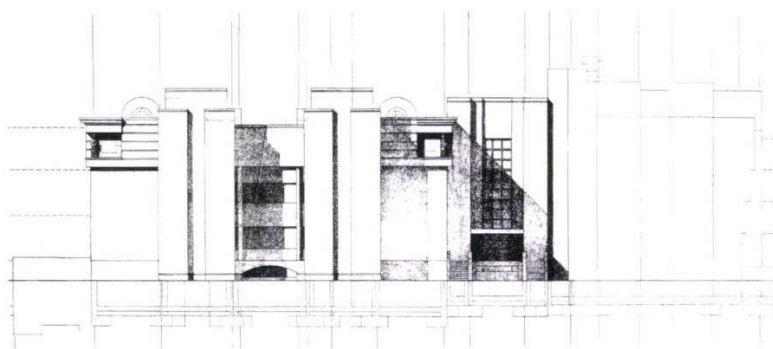
Encontramos metros y metros de anaqueles vacíos. Fernández Alba está culminando la donación de buena parte de su biblioteca a la Escuela de Madrid. Del mismo modo que ha donado maquetas y dibujos al Pompidou y a la Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que también es miembro desde

"La arquitectura que no convierte la materia en algo poético puede dar edificios de calidad, pero no buena arquitectura"

1989. La mayoría de libros que conserva están en su casa, pero todos, los que están y los que ya no están, los lleva incorporados a sí, conformando una de los equipamientos intelectuales más sólidos sobre el quehacer arquitectónico y sus implicaciones.

La arquitectura del libro

"El mundo del libro siempre me ha atraído", reconoce, antes de re-



Alzado norte de la ampliación de la Escuela de Arquitectura de Valladolid (1989).

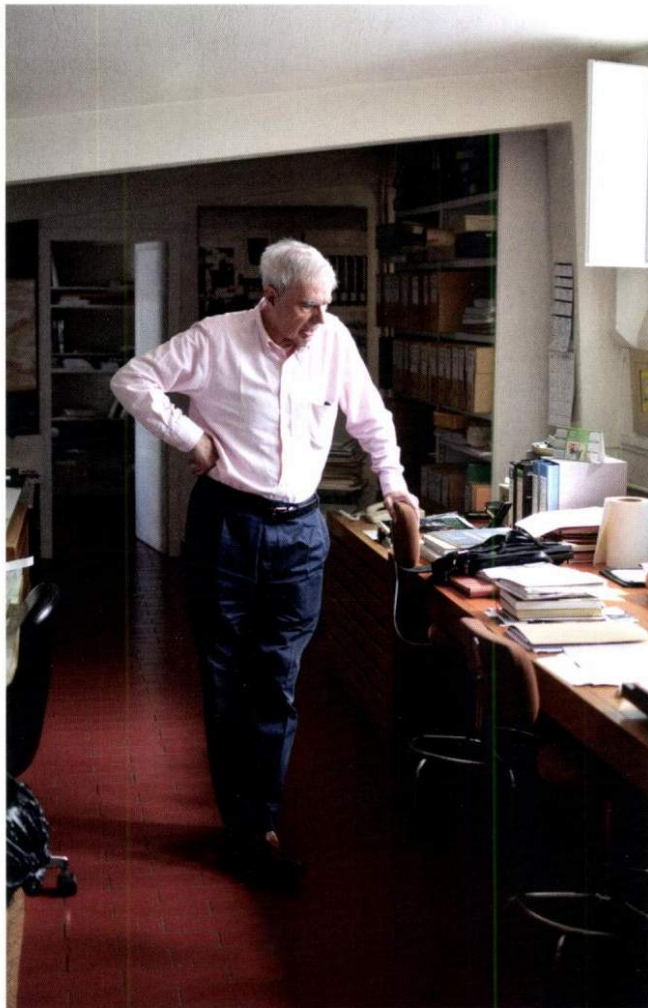


cordar una conversación reciente con su amigo y coetáneo Emilio Lledó, último Premio Nacional de las Letras y premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades, sobre "la estructura arquitectónica en la edición. Su riqueza compositiva está marcada por la luz, el espacio, la estructura, la organización... La buena edición es una iluminación del pensamiento, su sublimación. El libro te transmite el encanto poético del pensamiento puesto en página. Siempre me ha gustado el libro, no como objeto sino como arquitectura que construye una forma de pensamiento. El editor es un artista con una sensibilidad especial".

Fernández Alba es un gran lector. De ensayo, sobre todo. Y de poesía, particularmente de poetas "tranquilizadores". La mística, los románticos alemanes, los simbolistas franceses. Juan Ramón, Lorca. Valente y otros poetas de posguerra, pero no en clave social, sino de aquellos que buscan el "encuentro con la identidad poética perdida en la guerra". Siente fascinación por el "indescifrable" Góngora, su *Polifemo*, "tan extraño"; sus "poliedros de palabras"; y es que "el poeta construye". Fue gran amigo de Gonzalo Armero, editor de la revista *Poesía*, y es también seguidor de poetas vivos y actuales como Guillermo Carnero, Antonio Colinas o Juan Antonio González-Iglesias. Aunque no es lector habitual de novela, reconoce su admiración por un puñado de autores -Luis Mateo Díez, Mario Vargas Llosa o Nabokov, cuyo *Ada o el ardor* leyó fascinado por recomendación de Claudio Guillén-. Ha frecuentado a Shakespeare, y es un incondicional de Cervantes. "Siento asombro ante el hombre, cómo aquel manco en aquellas circunstancias pudo escribir lo que escribió, y en ese español que te cobija, tan directo, y tan claro. El *Quijote* es la sinfonía de la palabra".

Entre los libros que le impactaron particularmente, Antonio Fernández Alba cita *El otoño de la Edad Media*, el clásico de Huizinga que desafía la visión tópica del Medioevo como época oscura *superada* con el Renacimiento. Una elección que casa muy bien con

B. M.



su entusiasmo explícito hacia realizaciones como las catedrales góticas, sus prodigiosos bosques de piedra que ocultan grácilmente sus secretos estructurales.

"Somos víctimas de un materialismo mercantil, vulgar, zafio y sin cultura. Todo está cosificado y se valora sólo por su valor de cambio"

"En los años 40 era muy complicado leer nada que no estuviera vinculado con el nacionalsindicalismo", señala. Pese a todo alternó a Unamuno con Kierkegaard, y leyó con deslumbramiento a Nietzsche, admirado de su particular cualidad de aparecerse siempre "como un historiador de lo que estaba sucediendo".

En clave arquitectónica, y como para todos sus colegas de generación, *en el principio* predominaba "lo que para nosotros era la vanguardia": el Movimiento Moderno. "En los 50 era un refugio, y Le Corbusier su figura tutelar. Un suizo, por lo demás, demasiado racionalista, pero con una gran visión de la comunicación, al que le hubiera gustado dedicarse sobre todo a pintar, que trata un pilote como una escultura... *El viaje a Oriente* son las notas de un tipo muy inteligente". Aprecia particularmente la obra de autores de ensayo italianos que han reflexionado sobre la arquitectura y la ciudad: Giulio Carlo Argan, Manfredo Tafuri, Massimo Cacciari, y un argentino italianizado como su amigo Tomás Maldonado, su escuela de Ulm y la revista *Casabella* que dirigió durante algunos años.

Siempre independiente, como intelectual y como proyectista, Fernández Alba ha per-

manecido volcado en la universidad y la teoría -"hoy el verdadero arquitecto está fuera de la arquitectura", apunta en las páginas de uno de sus libros, *La metrópoli vacía* (Anthropos, 1990)-, y muy crítico con los derroteros recientes de la profesión. Así lo expresaba de nuevo en su discurso de ingreso en la RAE. "Los edificios que configuran el relato espacial de la gran ciudad vienen a ser como objetos mágicos que operan sin referencia al lugar; en ocasiones aspiran a ser signos de expresión artística; por lo general, objetos-oferta en el gran mercado, involuntarios en su diseño, simulados en sus materiales, transforman los espacios públicos en acontecimiento artificial".

Todo fachada

Un punto de vista que reitera en su conversación con LEER: "Se ha recuperado la fachada como ima-



Las bibliotecas fantásticas

gen, como envoltorio, del mismo modo que en el Renacimiento. Pero la arquitectura es algo más. La arquitectura es construcción, es edificar. Y dignificar la materia. Porque la materia trascendida es poesía. La arquitectura que no convierte la materia en algo poético no emociona. Puede dar lugar a edificios que están bien, edificios de calidad, pero no a arquitectura de calidad”.

Es la ciudad, claro está, donde este estado de cosas queda dolorosamente en evidencia. Rupturas y suturas deficientes en el espacio de libertad y creatividad por excelencia. “La ciudad la construye el poder”, y el poder se ha olvidado de planificar. “Cualquier aglomeración de cuatro o cinco millones de personas es como un país, y la planificación se convierte en un problema cuantitativo. La ciudad se construye a base de aritmética y geometría, proporción e igualdad. El entendimiento y la coherencia entre lo que repartes y cómo lo repartes es fundamental” para no desequilibrar fatalmente una urbe.

Pero hoy “somos víctimas de un materialismo mercantil, vulgar,

“La profesión no ha desarrollado una crítica positiva contra las malas prácticas. Ha traicionado su vocación de servicio público”

zafio y sin cultura. Todo está cosificado, todo es una mercancía y se valora sólo por su valor de cambio.”

Las grandes operaciones urbanísticas, públicas o privadas, o público/privadas –el formato de moda en los últimos tiempos– se valoran en función de su cotización icónica o de operaciones especulativas en torno al suelo, un bien tan volátil como el más etéreo de los productos financieros. ¿Hemos aprendido algo de la última crisis? Fernández Alba esgrime un muy documentado y razonado pesimismo para responder lacónicamente:

“Absolutamente nada.”

¿Y cuál es la responsabilidad del arquitecto en este estado de cosas? “La traición del servicio público. La profesión no ha desarrollado una crítica positiva contra las malas prácticas”. Ya lo señalaba en uno de sus libros como una de las graves carencias de nuestra cultura: “La insuficiencia moral de los arquitectos para configurar y construir el espacio de la sociedad industrial avanzada, si es que aún les pertenece.”

“Hay una falta de crítica en el sector”, corrobora hoy. “Desde el Movimiento Moderno, que se afana en destruir lo anterior, se consolida una crítica exclusivamente

negativa, y toda crítica se entiende como un ataque. No hay crítica positiva beligerante, sólo una apologética de lo bueno que es tener edificios bonitos. Y no hay crítica porque no hay historiadores que evalúen con criterios objetivos. Este estado de cosas viene de una influencia de tipo religioso que deriva en la apologética y la defensa del mito. No hay crítica urbana.”

La ética de Fernández Alba encuentra en la obra de Alvar Aalto y Frank Lloyd Wright, “dos poetas” del oficio de construir, sus principales referentes expresivos. “Wright ha proyectado la espacialidad del siglo XX, sin lugar a dudas. Ha creado una síntesis asombrosa. Construye un hotel oriental en Tokio, y luego el Guggenheim, esencial, que es casi arquitectura gótica, porque nada soporta nada; es como la banda de Moebius.”

Fernández Alba no descansa. Se trae entre manos un libro para la **RAE** *En el umbral de la palabra*, sobre el espacio físico de la Academia. “Será un análisis del edificio, pero hay más cosas. No se trata sólo de su morfología, sino de lo que ese espacio puede engendrar; su *oikos*. La mesa ovalada, la biblioteca, el fichero: ese muro de palabras, como un cementerio de vocablos congelados, que revela cómo se ha ido construyendo el idioma.”

Ciudades y memoria

La rigurosa faceta teórico/poética de Fernández Alba convive con su depurada personalidad como proyectista y arquitecto restaurador. “Escucha el sonido de los edificios”, le recomendó Chillida acerca del oficio de rehabilitar la “memoria petrificada” de monumentos y ruinas; “y tenía razón”, reconoce quien ha firmado trabajos ejemplares en Madrid como el Observatorio Astronómico, el Jardín Botánico o la rehabilitación del antiguo Hospital general de Atocha para su transformación en Centro de Arte Reina Sofía, hoy Museo Nacional. Allí realizó una respetuosa intervención inaugurada en 1986, posteriormente aderezada con los ascensores de cristal de José Luis Íñiguez de Onzoño y Antonio Vázquez

de Castro, sometido todo ello, años después, a la controvertida ampliación *turbo* de Jean Nouvel. Para Fernández Alba, la actual *fábrica* del Reina Sofía aparece como la “metáfora congelada del sentimiento del poder, más que de la razón”, de una clase política que “se deja seducir por el símbolo”; también como reflejo de la deriva urbanística de Madrid. “Si el franquismo gestionó la ciudad a base de pasos elevados para canalizar el creciente tráfico rodado, la democracia se mete bajo la cota cero”. El punto de inflexión es la eliminación del *scalextric* de Atocha. “Tierno quiere hacer ‘algo que se note’, y Santiago Amón le da la idea de quitar el paso elevado”, el primero y más ominoso de los que se fueron desmantelando en

la ciudad. Pero para Alba, y pese a sus insuficiencias, la capital de España propicia como pocas “la libertad de vivir. Villa devenida en metrópoli, sede del poder central, cosmopolita, su tejido social procede de fuera y no crea un vínculo de comunidad”, para lo bueno y lo malo. Frente a Madrid y sus superposiciones, Barcelona, “burguesa y exquisita, se concluye urbanísticamente hablando en el XIX, y se ha sabido conservar bien. Porque podría haber sido una ciudad distinta, como Valencia, destrozada por esas fallas de imaginaria tecnológica, la obscenidad de esos edificios vacíos y sin función” de la Ciudad de las Artes diseñada por Calatrava, un gran arquitecto “desbordado” por lo mismo de siempre, la “falsedad”.